

La primera gran batalla naval en la historia argentina – Mbororé

Alberto Gianola Otamendi¹

En días en que, por la elección de SS Francisco, primer jesuita consagrado Papa, se ha revalorizado la acción de la Compañía de Jesús en su largo y duro peregrinar misionero en los lugares más remotos, pobres e inhóspitos del orbe, encuentro un hecho a extraer de polvorientos archivos.

Mucho debe nuestro país (también Paraguay) a esa orden religiosa, no solamente desde la evangelización espiritual, la alfabetización y la educación, sino también a la consolidación de los límites internacionales.

Apenas recordado tras casi cuatrocientos años, un sórdido conflicto tuvo lugar en buena parte del territorio que hoy ocupan Argentina, Paraguay, Brasil y Uruguay. No fue una guerra clásica entre fuerzas regulares de actores estatales², sino entre verdaderos ejércitos que no respondían a reyes ni imperios, banderas o uniformes.

Sus objetivos tampoco respondían, a priori, a intereses nacionales, sino mucho más a ambiciones comerciales y económicas basadas en la explotación humana. Los estados dirimían sus aspiraciones en forma encubierta, tercerizando su accionar para expandir su influencia y dominio.

En los siglos XVI y XVII, huestes organizadas de cazadores de hombres saqueaban las poblaciones de las reducciones jesuíticas, secuestrando hombres, mujeres y niños útiles para el trabajo. Pocos padres misioneros intentaban proteger a su vulnerable grey.

Lo cierto es que una batalla esencialmente naval (fluvial y anfibia, en rigor), en 1641, resulta determinante para la influencia de las hordas traficantes. En ese combate se enfrentaron miles de combatientes organizados en centenares de naves fluviales (canoas y balsas, algunas artilladas y protegidas), con apoyos de fuego y logística en las riberas del Río Uruguay.

Hay acciones bélicas que sólo sirven para entretener a militares o historiadores. Pero hay otras que fueron realmente importantes estratégicamente, aunque no sean muy difundidas. Por ejemplo la batalla de Mbororé, que nadie recuerda hoy y sin embargo ha sido sumamente trascendente en nuestra historia puesto que impidió que la actual Mesopotamia argentina fuera territorio brasileño.

Esta rápida recopilación propone pensar las dificultades y complejidad de la colonización americana, las dificultades de la delimitación de las naciones poscoloniales, la mecánica práctica y periférica de las luchas de las potencias mundiales.

Sirve además para poner en valor un hecho histórico de gran magnitud, rescatándolo de un injusto olvido, como también de homenaje a la Compañía de Jesús y otras órdenes religiosas que fundaron pueblos, evangelizaron en la fe, educaron comunidades, protegieron a los hombres de prácticas injustas y desarrollaron regiones.

¹ Sobre textos referidos.

² Como dictarían artificiosas leyes modernas.

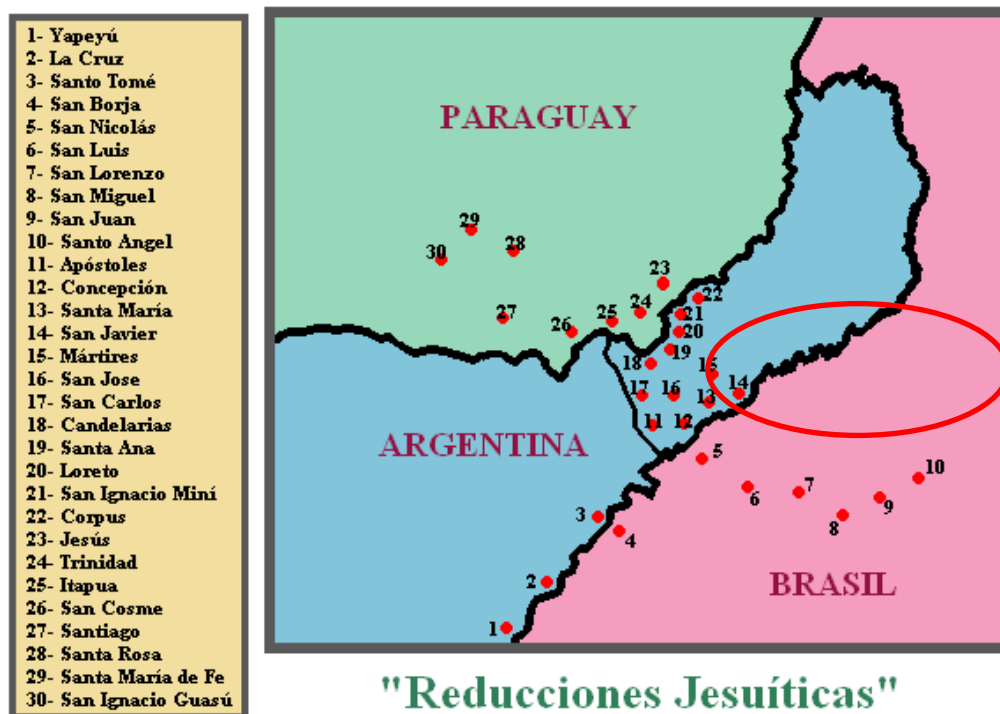
Por último podría ser útil al análisis de la defensa y la seguridad nacional, viejos conceptos tan artificialmente segregados, poco debatidos y desatendidos en la actualidad. Pues lo cierto es que hoy hay conflictos y amenazas de formato similar.

Aquí se habla también de determinación, compromiso, empeño, ingenio y coraje.

La Batalla de Mbororé

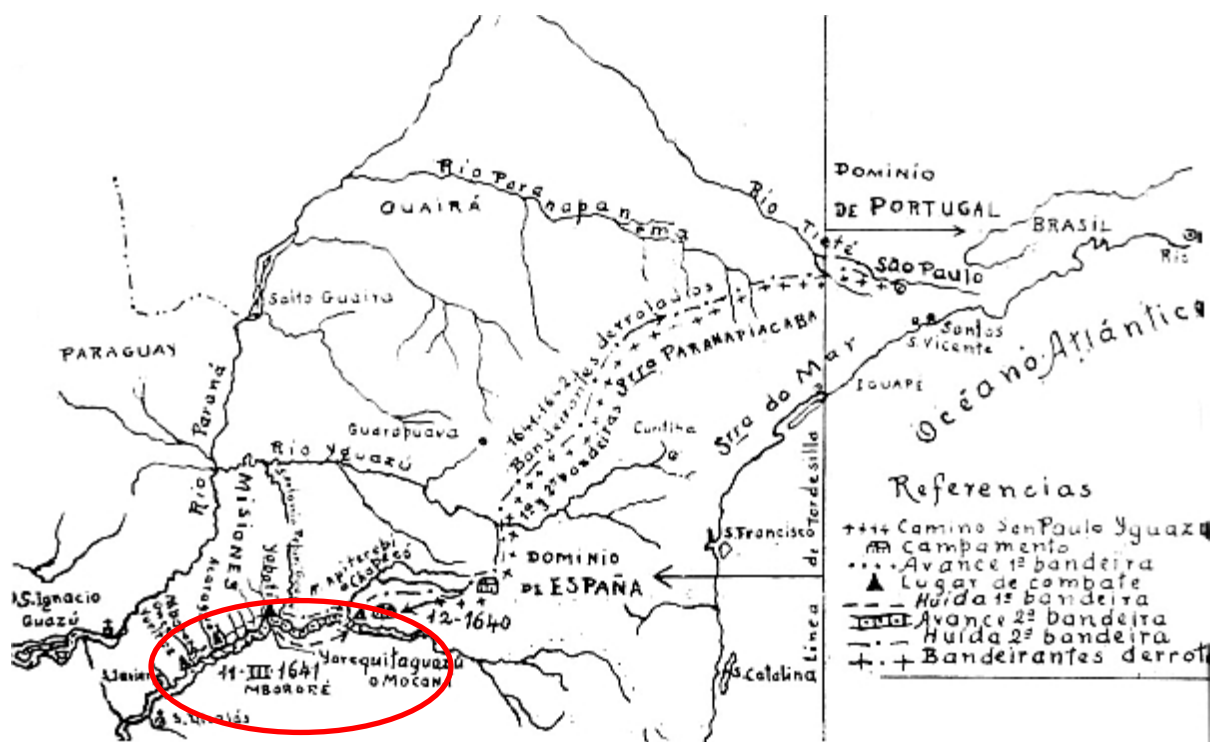
La **batalla de Mbororé**, ocurrió el 11 de marzo de 1641. Fue un choque bélico entre las Misiones Jesuíticas guaraníes y los bandeirantes portugueses, cuyo centro de acción estaba en San Pablo.

Los contendientes eran habitantes de dos imperios ya olvidados. Por un lado los guaraníes que vivían en las reducciones jesuitas de lo que hoy es la parte suroriental de la República del Paraguay, y las provincias de Misiones y Corrientes (República Argentina). Estas reducciones conformaban una verdadera nación autónoma con leyes, idioma y economía propios.



Los otros protagonistas de la batalla de Mbororé fueron los bandeirantes, exploradores, aventureros, cazadores y traficantes de esclavos, que actuaban con base en San Pablo y eran una mezcla de portugueses, mercenarios holandeses (flamencos que ya guerreaban con el Reino de Castilla en sus propias tierras), mestizos (conocidos como mamelucos) e indios tupíes. Éstos estaban agrupados libremente en compañías o "bandeiras". Tal como los bucaneros y piratas del Caribe, incursionaban sobre las misiones de la Compañía de Jesús en busca de esclavos, pues los misioneros habían agrupado las tribus aborígenes y las formaban en toda suerte de oficios, pero estaban indefensos y desarmados por restricciones reales españolas.

El lugar del combate principal se halla sobre el río Uruguay, en las cercanías del cerro homónimo, actualmente parte del municipio de Panambí en la Provincia de Misiones, Argentina.



Los prolegómenos de la batalla

Desde 1620 en adelante los avances de las bandeiras se hicieron tan atrevidos que los hijos de Ignacio de Loyola prefirieron abandonar algunas de sus reducciones y trasladar poblaciones enteras antes que seguir exponiéndose a esos ataques.

Las autoridades de la Orden resolvieron defenderse. Lograron que el rey de España levantara la Cédula Real que vedaba a los misioneros de proveerse defensas militares y manejar armas de fuego. Trasladaron a varios jesuitas que habían sido militares antes de ordenarse sacerdotes y les encomendaron la organización castrense de los guaraníes. Adquirieron y fabricaron todos los artefactos bélicos disponibles.

También consiguieron del Papa un Breve que fulminaba con excomunión a todo cristiano que cazara indios. Pero el documento papal no fue efectivamente acatado en Sao Paulo, pues una de sus industrias era precisamente, la caza de guaraníes para proveer mano de obra gratuita a los ingenios y fazendas de la región.

A fines de 1640 los jesuitas tuvieron evidencias de una nueva incursión de bandeirantes más numerosa que las anteriores. Apresuradamente concentraron a sus bisoños soldados y maniobraron hasta esperar a los paulistas en el punto de Mbororé, en la actual provincia de Misiones, sobre la ribera derecha del Alto Uruguay.

Más de 10.000 aborígenes armados con toda clase de elementos se aprestaron a defender su tierra; **un centenar de canoas y hasta una balsa artillada** formaban parte del ejército de la Compañía de Jesús.



Peñón de Mboreré (Misiones, Argentina)

Los portugueses venían en **300 canoas** y estaban tan acostumbrados a arrear sin lucha a los pacíficos guaraníes, que no tomaron las mínimas previsiones aconsejables.

Unas oportunas bajantes del río, que los religiosos consideraron una ayuda providencial, contribuyeron a desordenar a los invasores.

El 11 de marzo de 1641 los soldados de Loyola empezaron a arrollar a los bandeirantes, la batalla duró varios días. El ingenio jesuita había provisto a sus discípulos de armas tan curiosas como una catapulta que arrojaba troncos ardientes.

Finalmente, los paulistas debieron huir desordenadamente por la tupida selva. Anduvieron diez días arrastrando a sus heridos y enterrando a sus muertos, mientras los guaraníes los perseguían y daban cuenta de los últimos restos de la fuerza incursora. Contados sobrevivientes pudieron regresar a San Pablo.

Fue una batalla decisiva y significó un duro escarmiento. No hubo más expediciones bandeirantes sobre las reducciones jesuíticas, que se desarrollaron desde entonces con todo su esplendor y pacíficamente, hasta su expulsión de todos los dominios españoles, el 2 de abril de 1767 por la Pragmática Sanción de 1767 dictada por Carlos III³.

³ Estas misiones sudamericanas eran las más conocidas. Hubo también otras misiones jesuíticas en el noroeste de México y el Amazonas (Misiones del Marañón).

Fuerzas en oposición

Batalla de Mbororé	
Fecha	Inicio del combate 11 de marzo de 1641 (duró varios días)
Lugar	Río Uruguay, cercanías del Cerro Mbororé, municipio de Panambí, Provincia de Misiones, Argentina
Resultado	Victoria decisiva de los Jesuitas
Beligerantes	
Misioneros y Guaraníes de las Misiones Jesuíticas	Bandeirantes paulistas Tupíes
Comandantes	
R.P. Pedro Romero S.J. R.P. Claudio Ruyer S.J. R.P. Cristóbal Altamirano S.J. Cacique Nicolás Ñeenguirú	Manuel Pires Jerónimo Pedrozo de Barros
Fuerzas en combate (Aproximadas)	
4.000 -4.200 Indios armados 300 arcabuces 1 cañón Aprox. 100 canoas y balsas armadas	450 bandeirantes portugueses, mestizos (mamelucos) y mercenarios (principalmente holandeses) 2.700 indios tupíes 700 canoas
Bajas	
Desconocidas	Desconocidas, casi completas

Estado Mayor del ejército misionero

Director técnico de guerra: el ex militar hermano jesuita Domingo Torres, español. Ayudantes del director técnico de guerra los ex militares hermanos jesuitas Juan Cárdenas, paraguayo, y Antonio Bernal, portugués. Jefes de ataque: el capitán general, Gran Cacique o Mburubichaba Ignacio Abiarú, nativo de la región del arroyo Acaraguá, y el meritorio consejero cacique o Mburubichaba capitán Nicolás Ñeenguirú, natural de la región del Ibitiracú o de la Concepción, hoy Concepción de la Sierra. Supervisor de guerra: Padre jesuita Pedro Romero, castellano. Asistentes del supervisor de guerra: Padres jesuitas Claudio Ruyer, francés, superior de la Misión (se retiró enfermo a San Nicolás); Cristóbal Altamirano, santafesino; Pedro Mola y José Domenech, aragoneses, y José Oregio, flamenco.

Primera campaña, 1640-1641

A fines de agosto o principios de septiembre de 1640, la gran bandeira partió de Sao Paulo de Piratininga con rumbo a las reducciones del Alto Uruguay, bajo el mando de Jerónimo Pedroso de Barros y de Manuel Pérez.

Por el camino del occidente de las sierras de la costa del Atlántico cruzó el Alto Iguazú, acampando en las nacientes del Apiterebí o Chapecó, donde hicieron el campamento principal. Bordeando este arroyo bajaron a su desagüe en el río Uruguay, construyeron "ranchadas" y con maderas, cañas y lianas de la región, hicieron canoas, balsas, arcos y flechas.

Una partida bajó en canoas, al impulso de la corriente, a la reducción de la Asunción del Acaraguá, abandonada con anterioridad por sus moradores, que se ubicaron en las cercanías del arroyo Mbororé. Allí construyeron empalizadas para encerrar cautivos y luego regresaron a las ranchadas del Chapecó.

El hallazgo de algunas canoas y balsas con flechas y enseres, desprendidas de su amarradero por la creciente del río, confirmó a los sacerdotes la información de los "bomberos" o espías, sobre la presencia de los paulistas en las proximidades.

El superior de las Misiones, padre Claudio Ruyer, el 8 de enero de 1641 ordenó la urgente concentración de los guaraníes de las reducciones, logrando reunir 4.200 indios efectivos del ejército misionero, bajo las órdenes de los capitanes Abiarú y Ñeenguirú.

El R.P. Ruyer, con estos dos caciques, en una flotilla de canoas tripuladas con los primeros 2.000 neófitos concentrados, remontan el Uruguay hasta el arroyo Acaraguá, donde se les incorporó el padre Cristóbal Altamirano con algunos sacerdotes al frente de otra pequeña agrupación de embarcaciones.

Una ligera partida de soldados misioneros remontan el río hasta las cercanías de las bases enemigas en la confluencia del Apiterebí o Chapecó y velozmente, aguas abajo, vuelven con información precisa sobre el enemigo.

El padre Ruyer la situación y resuelve el repliegue de las fuerzas a las bases artilladas de Mbororé, actual arroyo Once Vueltas, afluente de la ribera misionera del río Uruguay, dejando una avanzada de quince canoas de guerra frente a las empalizadas de Acaraguá, al mando de Abiarú y el padre Altamirano.

Los bandeirantes, desde la confluencia del Chapecó en su flotilla de canoas y balsas, impulsadas por la corriente del río crecido, bajan al Acaraguá. Su vanguardia, en un aparatoso despliegue de combate, choca con la vanguardia fluvial misionera.

Abiarú, en una rápida maniobra inicial, con gran audacia, pericia y valor, hunde algunas canoas paulistas. Cuando éstos reaccionan para un combate formal, el padre Altamirano ordenó al capitán Abiarú regresar a las bases de Mbororé. Al ser perseguido, consigue atraer a los invasores. Llega con antelación y se pone al frente de la escuadrilla fluvial de los misioneros.

El 7 de marzo de 1641 un violento temporal cayó sobre el campamento paulista, lo que permitió la concentración de contingentes de las reducciones para completar el número de guerreros convocados.

El combate

El día 11 de marzo, a las 14, la escuadra bandeirante de 300 canoas y muchas balsas, tripuladas con 450 hombres bien armados con fusiles y el concurso de 2.500 indios tupís flecheros, ataca a la escuadrilla fluvial misionera de 70 canoas tripuladas con 800 misioneros guaraníes, sostenidos por 3.400 combatientes fortificados en tierra.

El cañoncito de una balsa blindada, con sus balas encadenadas, los cañoncillos de tacuaruzú retobados con cuero en otras balsas y la fusilería misionera hundieron varias canoas, desconcertaron el frente de ataque e introdujeron cierto desorden en la retaguardia de los invasores.

El jefe bandeirante Jerónimo Pedroso de Barros se vio obligado a bajar a tierra, cruzar un arroyo grande y atacar por la retaguardia a un grupo de tiradores que acosaban a sus tropas. Consigue disolverlos inicialmente, pero el grupo de arcabuceros reacciona y contraataca a Barros, que se ve compelido a refugiarse en una empalizada hecha por sus pontoneros al inicio del combate.

La lucha en el río y en tierra se generalizó con furia y encarnizamiento hasta quedar suspendida a la entrada de la noche. Los contendientes buscaron descanso en sus respectivos refugios, reorganizándose.

Los días subsiguientes, desde el 12 de marzo, traban combate implacable durante las horas de sol, con la mayor agresividad por ambas partes. En las vísperas del octavo día consecutivo de pelea, a altas horas de la mañana, los paulistas, cuyas canoas habían sido capturadas con anterioridad y luego de serles rechazado un pedido de parlamento, huyen por la izquierda del arroyo Mbororé u Once Vueltas, hacia el interior de la selva.



Los misioneros los persiguen entre las marañas, en lucha furiosa cuerpo a cuerpo. En una de estas acciones, cayeron prisioneros los capitanes Abiarú y Ñeenguirú. Sus compañeros, en un gran esfuerzo, recuperan a sus líderes a una legua del desagüe del Mbororé.

Los perseguidos, en derrota, en la oscuridad de la noche, despistan a sus perseguidores y por las serranías tupidas de vegetación, en cinco días de retirada muy penosa, llegan a las empalizadas de la Asunción del Acaraguá.

Al otro día, considerándose libres del acoso, comienzan el ornamento del campamento, para recordar la Semana Santa. Así son atacados por Abiarú con 150 misioneros de guerra y el padre Cristóbal Altamirano. Ante el empuje de los atacantes, los sitiados abandonan las empalizadas y nuevamente se internan en las frondosas serranías.

En una huida más larga y dolorosa, llegan al Gran Salto del Uruguay (también conocido como salto Yarequitaguazú, o Moconá, o Tucumá por los brasileños) y por un paso angosto cruzan a la margen izquierda del Uruguay.

En marcha forzada, recruzan el mismo río, se acampan en las ranchadas de la confluencia del Apiterebí o Chapecó, y luego siguen hasta el campamento de las nacientes de este último río.

El padre Altamirano y Abiarú con sus fuerzas regresan al Mbororé, a celebrar la victoria, con un Tedeum festivo.

Segunda campaña, 1641-1642. Bandeira paulista de socorro

Luego de la derrota de la bandeira de Mbororé, San Pablo organiza y envía una bandeira de socorro que llegó al campamento del Apiterebí o Chapecó, poco antes de finalizar 1641.

Los derrotados son incorporados a la nueva expedición paulistana, y ésta, ansiosa de cautivar indios y vengar las derrotas de su antecesora, baja por otro camino a las ranchadas de la barra del Apiterebí. Rehace las anteriores empalizadas, construye nuevas balsas y canoas, y se rearma con arcos y flechas. Luego, desciende navegando hasta la barra del arroyo Yabotí, afluente del Uruguay, en la provincia de Misiones. Allí levanta una fuerte empalizada como última tarea preparatoria para el avance a las reducciones del sur.



El Estado Mayor de guerra de los misioneros, informado por los "bomberos" sobre estas nuevas actividades de los invasores, destaca al supervisor de guerra, padre Cristóbal Altamirano y al capitán Abiarú con 150 aguerridos guaraníes cristianos contra los invasores en el Yabotí.

En momentos en que los bandeirantes esperaban concentrar las fuerzas de ambas bases, Abiarú, en un arriesgado ataque bien concebido y ejecutado, hizo desalojar de la empalizada a los paulistas, obligándolos a huir a las serranías boscosas.

En otra sufrida marcha, peor incluso que la de los derrotados de Mbororé-Acaraguá-Moconá, los invasores buscaron el auxilio de sus compañeros de las bases del Apiterebí. El padre Altamirano, y los 150 combatientes de Abiarú, atacaron con incontenible intrepidez las estacadas de esas fortificaciones, haciéndolas desocupar.

Los derrotados nuevamente se internan en las selvas, hostigados por las fieras y alimañas, los indios guayanás y los misioneros, hasta más allá de las ranchadas de Chapecó, de regreso a la ciudad de San Pablo, Brasil. Muy pocos logran salvarse.

Importancia de la victoria de Mbororé

Si no hubiera sido por esa batalla curiosamente anfibia, con varias etapas en el río y otras en la selva, el avance portugués se habría extendido infaliblemente sobre Misiones y Corrientes, probablemente hasta Entre Ríos, y el mismo Paraguay hubiera sido anexado.

La olvidada y remota batalla de Mbororé salvó esa vasta comarca de la incursión portuguesa.

El historiador brasileño Alfonso de E. Taunay en su "Historia das Bandeiras Paulistas" menciona que el gobernador del Paraguay, Gregorio de Hinestrosa, el 6 de septiembre de 1641, en una carta a la Audiencia de Charcas, decía: "que los paulistas tan pronto no volverían a la carga. Durísima les fuera la lección. La victoria trajo las más importantes consecuencias para la seguridad del Paraguay, Buenos Aires y Perú".

El rey de España, Felipe IV, por cédula del 7 de abril de 1643, resolvió que "durante diez años no se cobrasen tributos a los indios del Plata y del Paraguay ni fuesen encomendados en testimonio de reconocimiento por lo que ocurriera".

El padre Pablo Hernández, S.J., en su obra "Organización Social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús" expresa: "Con la batalla de Mbororé terminó para los paulistas el propósito de destrucción de las reducciones. Puede fijarse, pues, en esta época el establecimiento definitivo de las Doctrinas en los parajes que ocuparon hasta la expulsión de los jesuitas".

El padre Guillermo Furlong S.J., académico y ex presidente de la Academia Nacional de la Historia, que ha poco visitó las ruinas de Loreto, en su compendio de historia regional: "Misiones y sus Pueblos de Guaraníes" declara: "La gran batalla naval de Mbororé fue la primera en los fastos navales argentinos".

Bibliografía:

- Félix Luna (1980). *Conflictos y Armonías en la Historia argentina*. Buenos Aires: Editorial Belgrano.
- es.wikipedia.org, consultado en abril de 2013.
- www.territoriigital.com, visitado en abril de 2013.